

# Raza y racialización

*Théorie Communiste* nº 25, mayo de 2016, pp. 96-99

## 1) El «capitalismo histórico»

«No cabe duda alguna —y precisamente ese hecho ha generado puntos de vista totalmente erróneos— que en los siglos XVI y XVII, las grandes revoluciones que se produjeron en el comercio con los descubrimientos geográficos y que incrementaron rápidamente el desarrollo del capital comercial, constituyen un factor fundamental en el favorecimiento de la transición del modo feudal de producción al capitalista. La súbita expansión del mercado mundial, la diversificación de las mercancías en circulación, la rivalidad entre las naciones europeas por apoderarse de los productos asiáticos y de los tesoros americanos, el sistema colonial, contribuyeron fundamentalmente a derribar las barreras feudales de la producción. Sin embargo, en su primer período, el de la manufactura, el modo de producción moderno sólo se desarrolló en aquellos lugares en los cuales las condiciones para ello habían surgido durante la Edad Media. Compárese, por ejemplo, Holanda con Portugal. Y si en el siglo XVI, y en parte todavía en el siglo XVII, la súbita expansión del comercio y la creación de un nuevo mercado mundial ejercieron una influencia preponderante sobre el ocaso del antiguo modo de producción y sobre la eclosión del modo capitalista de producción, ello ocurrió, a la inversa, sobre la base del modo capitalista de producción, una vez creado éste.» (Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 6, Siglo XXI, p. 425)

El eurocentrismo es —no sin razón, pero a veces por malas razones— objeto de críticas que apuntan a Marx, al marxismo en general y de modo aún más general a la teoría comunista. En cualquier caso, no es culpa de Marx y sus epígonos que el modo de producción capitalista (MPC) apareciera en Europa y no pudiera aparecer sino allí, ni que sea el único modo de producción *legítimamente universal* (puesto que, en función de *sus propias determinaciones y criterios*, inventó la idea y organizó la realidad de acuerdo con «lo universal»). Cosa que convierte la idea misma de lo universal al mismo tiempo en una realidad y en algo muy relativo a la vez. Una crítica del eurocentrismo que pase esto por alto considera al MPC como un particular comparado con otro particular, *cosa que no es*. La crítica del eurocentrismo suele basarse en el rescate de la noción de «capitalismo histórico», que pone todo lo que acontece al mismo nivel y califica cualquier tentativa de jerarquización y articulación teórica con todos los epítetos imaginables.

Esta confusión entre el concepto de capital o modo de producción capitalista y su historia la encontramos en autores tan prestigiosos como Braudel y Wallerstein: el «capitalismo histórico» suplanta al capital en tanto «estructura». Se trata de algo omnipresente en el «marxismo anglosajón». La noción de «capitalismo histórico» es muy cómoda. Permite construir, sin que se note, una explicación absolutamente tautológica de todo. La noción de «capitalismo histórico» consiste en elevar al rango del

concepto la suma empírica de las «formas históricas concretas» del desarrollo del capital, que se convierten, por tanto, en su propia razón de ser. Como en su desarrollo histórico el capitalismo coincide con el racismo y la esclavitud (el vínculo entre racismo y esclavitud no es absolutamente necesario. La esclavitud antigua no era racista: el ciudadano ateniense consideraba al persa como un bárbaro, un inferior por naturaleza, pero eso no lo destinaba a ser esclavo, en la medida en que ese ciudadano sabía perfectamente que él mismo podía convertirse en esclavo del persa), al situarnos no en «la abstracción del capital», sino en la problemática del «capitalismo histórico», «explicamos» esta coincidencia, ¡y listos! Manteniéndonos en el nivel de la constatación empírica, damos un aire de explicación teórica al problema. Es evidente que, si vinculamos la constitución del racismo y de la esclavitud a las formas históricas concretas del desarrollo capitalista, el problema de la racialización queda resuelto, por la sencilla razón de que ya no hay problema. No se explica nada, se constata. Y ya está.

Establecer una relación *esencial* entre raza/esclavitud/explotación capitalista es engañarse por completo. Incluso desde un punto de vista histórico, la relación de explotación capitalista apareció mucho antes de la esclavitud y no tuvo necesidad de ésta para constituirse. El capitalismo estadounidense, cuyo núcleo estaba en el norte, era anti-esclavista y si Inglaterra apoyó a los estados del sur fue precisamente para mantenerlos en situación dependiente de suministradores de materias primas. También es engañarse sostener que el capital apunta a transformar al trabajador en objeto: «condición inorgánica de la producción» habría dicho Marx.

El capital es un modo de producción histórico, pero no son las circunstancias históricas las que modelan sus características, sino que es el capital quien produce en la historia sus características de manera inherente a lo que es, a partir, es cierto, de un material existente, del cual se apodera y que reelabora de acuerdo con sus propias necesidades. El capital produce su historia. Es interesante que, el historicismo, cuya gran figura en la historia del marxismo es Gramsci, se sitúe frente a esta proposición, pero en tal caso «estructura de dominante» y «capitalismo histórico» son absolutamente inconciliables.

Hay que distinguir las nociones de «razas» y de «racialización». Existe una racialización histórica, variable en su contenido, pero constante, en el MPC, sin que raza y racialización sean inherentes al concepto de capital. A este respecto, remitimos a las páginas 55-56-57<sup>1</sup> de TC 24 (que se encontrarán a continuación), que permiten comprender la *racialización* —la construcción de las razas— como un proceso evolutivo y plástico. La forma fundamental es «la apropiación de trabajo ajeno no retribuido», que «constituye la finalidad directa que el proceso de producción capitalista se propone» (Marx, *Teorías sobre la plusvalía I*, p. 371). Y ahí no hay más que dos contradicciones. Sería una torpeza escribir que las razas vienen «después». Sería establecer una jerarquía donde no tiene ningún sentido. Con la «forma fundamental» y las dos contradicciones (hombres/mujeres; capital/proletariado) nos encontramos al

---

<sup>1</sup> Correspondientes a los textos «Una secuencia particular/¿En qué punto de la crisis estamos?» y «Nota metodológica», respectivamente. [N. del t.]

nivel del concepto; con las razas nos encontramos a nivel histórico. Decir que las razas vienen «después» sería introducir una confusión de niveles teóricos, eliminar el cambio de nivel.

La cuestión más importante es la de qué está en juego en este debate, es decir, ¿cuál es el proceso de constitución y la función de la racialización y del racismo en la situación actual? ¿Qué papel desempeña la lucha antirracista? ¿Qué comprensión y qué actitud con respecto a grupos como los «Indigènes<sup>2</sup>»? Poner *o no* al mismo nivel clase/género (la forma fundamental) y razas tiene, pues, consecuencias concretas.

En un texto de *Classer, dominer/Qui sont les autres* (Ed. La Fabrique) Christine Delphy plantea con claridad la cuestión y el dilema. «... nuestros amigos de extrema izquierda, que piensan que la división en clases no es una disfunción, sino al contrario, una función del sistema, creen, en cambio, que la división racial es una disfunción, o bien una de las “consecuencias” de la división en clases. En resumen, no es un sistema de división específico y, por tanto, al menos parcialmente autónomo (Delphy no se explica acerca del «al menos» y del «parcialmente»). Ahora bien, el llamamiento (el llamamiento de los Indigènes, N. d. A) dice que la división racial, o “Blancos/Indígenas”, no es una desafortunada coincidencia sino un rasgo estructural de la sociedad, *tan estructural como la división en clases* (el subrayado es nuestro), y que en tal caso estamos ante un principio de división y de jerarquía que no es soluble en la “cuestión social”. Esta rivalidad a nivel analítico produce inevitablemente una rivalidad en el terreno político.» (*op. cit.*, p. 166). Lo que aquí estamos escribiendo, aunque no sea demasiado satisfactorio, nos clasifica entre esos «amigos de extrema izquierda». Delphy prosigue: «La especificidad de la opresión funda la autonomía de la lucha». Mientras que actualmente en TC nuestra producción teórica nos permite, sobre la base de los conceptos de trabajo y de plustrabajo y de las dos contradicciones, reconocer la autonomía de las luchas de mujeres (cfr. *Camarades mais femmes* y *Le pas suspendu de la communisation*) planteándolas al mismo tiempo como estructurales a lo que Marx denomina «la forma fundamental», errónea o acertadamente, no hacemos lo mismo en lo que concierne a la división racial. Por el momento, podemos persistir en pensar que es «con razón»...

Retrotraer la racialización al nivel histórico (es decir, no-estructural) como desarrollo de categorías del capital *unificadas en la categoría del sujeto*, en nombre de esta unificación, confiere una *autonomía*, una *especificidad*, a la distinción racial jerárquica (cfr. las páginas de TC 24 publicadas a continuación). Pero si bien es cierto que se reconocen la autonomía y la *especificidad*, éstas no son de la misma naturaleza ni del mismo nivel que en el caso del género y de las clases.

---

<sup>2</sup> Nombre genérico de una convocatoria política, una asociación y luego de un movimiento político que apareció en 2005 en Francia. Se convirtió en un partido político, definido como antirracista y decolonial. Reivindican entre sus influencias a pensadores como Malcolm X, James Baldwin, Frantz Fanon y poetas como Jean Genet o Aimé Césaire. [N. del t.]

Si nos situamos en una perspectiva dinámica de las contradicciones y de su superación, no situar al mismo nivel clases/género por una parte y razas por otra suscita cuestiones delicadas. Mientras que cabe sostener que la contradicción entre hombres y mujeres forma parte de la superación del MPC y de la explotación al mismo nivel que la contradicción entre las clases y que, en el interior de esta combinación, los conflictos entre mujeres (burguesas y proletarias) y entre proletarios (mujeres y hombres) también constituyen la dinámica de esa superación, resulta difícil decir lo mismo con respecto a las oposiciones o los conflictos raciales. Siempre se puede considerar que la segmentación del proletariado es inherente a su existencia como clase, que no habrá unidad de clase previa a la revolución, y que esa unidad es la de su abolición. Pero, ¿cabe considerar que los conflictos entre segmentos constituyen el proceso de esa abolición? También ahí se sitúan divergencias posibles en la percepción y el posicionamiento en relación con los conflictos y la racialización actual.

## *2) Raza y racialización: extracto de TC 24*

«En resumen, atravesando todas estas segmentaciones, contradicciones y conflictos varios y a veces incluso constituyéndolos, la explotación es un proceso de racialización y etnificación en todas partes. Sean cuales sean los Estados o las regiones, la contradicción entre el proletariado y el capital nunca se deja ver con claridad como la contradicción simple de dos términos existentes en la pureza de su concepto. Las formas de aparición son esenciales para la definición de lo que “aparece”».

«Puesto que la explotación capitalista es universal, puesto que el capital puede apoderarse de todos los modos de producción o hacer que coexistan con él, explotar la fuerza de trabajo o arrancarla de sus antiguas condiciones de existencia, el modo de producción capitalista es una construcción histórica que hace coexistir en su momento actual los diferentes estratos de su historia. La burguesía se volvió rápidamente occidental y blanca porque maduró inmediatamente en el seno de su rivalidad con Oriente (no se es occidental por vivir en poniente), porque convirtió a Europa en el centro de la economía-mundo que sometió al mundo a un modelo y lo jerarquizó porque ese modelo no tolera ningún otro. Ahora bien, del mismo modo que los estratos históricos no se convierten automáticamente en momentos sincrónicos, no por eso este modo de producción crea sin cesar razas y etnias. Para eso es precisa la intervención de cuatro de sus determinaciones esenciales: su desarrollo desigual como ley de su acumulación (sólo con el modo de producción capitalista surgen la idea de progreso y su corolario: los pueblos y civilizaciones atrasados), el aspecto histórico del valor de la fuerza de trabajo, la división del trabajo, y la personalización y subjetivación de las relaciones sociales. La racialización es la combinación de las tres primeras dentro de la cuarta.

«En las relaciones de producción capitalistas, no tratamos con “individuos concretos” inmediatamente existentes en tanto individuos singulares en su unidad, sino únicamente con individuos en tanto que desempeñan ciertas funciones determinadas

como soportes de éstas: «*portadores* de fuerza de trabajo», «*representantes*» o «*funcionarios*» del capital, «mujeres» o «hombres». Su individualidad es un efecto de las relaciones de producción, no preexiste a éstas, no es el atributo de un sujeto, y las relaciones de producción no son un «encuentro» intersubjetivo. *Es la personalización de las relaciones sociales la que produce a los individuos como sujetos.* El sujeto es el individuo producido como centro o intersección de todas las determinaciones. El sujeto concentra el todo tan bien en sí mismo que podría decirse que es —como la famosa mónada de Leibniz— una «parte total». El sujeto se convierte en el centro a partir del cual sería posible conocer y construir la articulación de todas las determinaciones del modo de producción capitalista. La personalización es la conjunción en un individuo de determinaciones sociales *que se manifiestan de forma invertida en tanto existencia de ese individuo como sujeto*, cuyas relaciones se convierten en su actualización como obra suya. Esa inversión y esa personalización<sup>3</sup>, es tan necesaria como el fetichismo que, al vincular relaciones sociales a cosas, *vincula esas cosas a individuos* promovidos y convocados, por tanto, como sujetos en el seno de ese mismo fetichismo: el trabajo para los obreros, los medios de producción para los capitalistas y la tierra para los hacendados.

«Los niveles desiguales de desarrollo, incluida su integración en el capitalismo actual, en la división del trabajo, en el aspecto histórico del valor de la fuerza de trabajo, se vinculan, combinados, a un individuo promovido al rango de representación central, de intersección, cuyas determinaciones sociales son invertidas en manifestación de sí, en expresión de su individualidad, personalizadas. Estos tres factores son los agentes pertinentes de la invención de las distinciones *y de su variación* o desaparición (en Marsella, un italiano o un español no son más que simpáticos jugadores de petanca). Ese individuo no es «negro», «*peul*»<sup>4</sup>, «judío», «gitano» o «árabe». Son esta intersección, esta promoción de la combinación como sujeto, esta promoción en figura central originaria, las que lo convierten en un Negro, un *Peul*, etc. La racialización no pertenece al concepto mismo del capital (a diferencia de la distinción de género inherente al trabajo como fuerza productiva), pero dado éste, es una forma de manifestación necesaria. La transformación de la relación social en cosa —es decir «paradójicamente» en sujeto— es, con mayor razón, la transformación de esa cosa en relación social entre sujetos. En cierto modo, el sujeto es el *heredero* del movimiento que lo crea. Esta inversión es la forma real en que las relaciones de producción sólo actúan *disimuladas* como voluntades y decisiones de sujetos.

«Pero en tal caso toda la construcción social se borra por sí misma dentro del mismo movimiento en el que se efectúa en la medida en que le es inherente ser el atributo de un sujeto «parte total» que ya no existe como «portador» o «representante» sino como sujeto constitutivo y constituyente. La distinción de razas o de etnia *desempeña en ese*

---

<sup>3</sup> En lugar de «personalización», podría haber sido conveniente el término de «naturalización» pero hemos preferido conservar este último término para la producción de la categoría «mujeres».

<sup>4</sup> Lengua utilizada en muchos países de África occidental. Por extensión, designa a las personas originarias de esos países. [N. del t.]

*caso su propio papel* de acuerdo con determinaciones prescritas por ella misma en *la autonomía del ámbito de actuación que se da a sí misma*: un negro puede convertirse en presidente de los Estados Unidos, pero sigue siendo negro, y un proletario negro no es un proletario blanco. Al existir para sí misma dentro de su ámbito de actuación, la distinción puede incluso ser objeto de una actividad política instrumental, como se vio en Francia tras la gran oleada de huelgas en el sector del automóvil durante los años 1983-1984. La distinción es una ideología y, en tanto que tal, eficaz como asignación y relación de los individuos con sus condiciones de existencia y de reproducción, es decir, con sus relaciones con las relaciones de producción. No basta con decir que la distinción de raza crea una esencialización jerárquica de los individuos, que es un producto del modo de producción; si no se dice que es en *la personalización de las relaciones sociales como producción de sujetos* donde reside la cuestión, nos limitamos a convertir la descripción el concepto de su propia explicación.» (TC 24, pp.55-56-57)